LA PAZ POR LA CRUZ

En el momento de pasar de este mundo al Padre, Jesús alentaba a sus discípulos con estas palabras: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el príncipe de este mundo; no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me ha ordenado, así actúo. Levantaos, vámonos de aquí.» (Jn 14, 27-31). Y en otro momento de su despedida dice a los discípulos: «mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo». (Jn 16, 32-33)

Resucitado de entre los muertos, saludaba a los suyos de esta forma: «Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». (Jn 20, 19-22)

La paz es un don por excelencia de los tiempos mesiánicos y, por tanto, fruto de la Pascua de Jesús. Pero la paz del Señor no debe confundirse con la paz de los imperios del poder o de la indiferencia. No olvidemos que Jesús vivió en tiempos de la paz romana; y que la predicación apostólica acontece en la paz romana. Por ello conviene ahondar en el bien mesiánico de la paz, para aprender a recibirla y cultivarla como es justo y necesario. Jesús en el sermón del monte proclamó: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» (Mt 5, 9) Jesús nos mereció el don de la paz entregando su propia vida. Él es nuestra paz. Escuchemos al apóstol de las gentes:

> Por tanto, vosotros, los que un tiempo erais gentiles según la carne, llamados incircuncisos por los que se llamaban circuncisos en razón de una operación practicada en la carne, recordad que entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. ***Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad***. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. ***Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad***. ***Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca***. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu. (Ef 2, 13-22)

Cuando uno mira y analiza la situación actual de la sociedad, familias y matrimonios, pueblos y naciones, religiones y culturas, constata, con preocupación creciente, que ***la paz se halla profundamente amenazada***. Y esto aun cuando pretendamos ver esos brotes verdes, como se dice, signo de una nueva primavera para la humanidad. Cierto, no se trata de ser pesimista. ¡No a los profetas de calamidades! Pero también: ¡No a los profetas ingenuos del buenísimo! Jeremías denunciaba en estos términos a los que consolaban falsamente al

pueblo: «—¡Ay, Señor! Es que los profetas les dicen: «No veréis la espada ni pasaréis hambre. Os concederé permanente seguridad en este lugar». El Señor me contestó: —Esos profetas se valen de mi nombre para profetizar mentiras. Ni los he enviado, ni les he encargado nada; ni siquiera les he hablado. Os transmiten como profecía visiones falsas, oráculos vacíos y fantasías de su mente. Por tanto, esto dice el Señor a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado, a esos que dicen que no habrá espada ni hambre en este país: «Esos profetas serán consumidos por la espada y por el hambre». (Jer 14, 13-15) El profeta auténtico ***denuncia y anuncia*** en nombre del Señor. Denuncia con realismo, invitando a la conversión; y anuncia que el Señor permanecerá fiel a la alianza sellada. ¡Es la esperanza pascual!

Hoy la violencia adquiriere formas muy diversas. La violencia bélica es la más llamativa, pero no deben olvidarse las otras guerras, como la económica, la cultural e ideológica, la tecnológica, la manipulación a través de los medios sociales… etc.

Como enseña la historia de la salvación, el orgullo y la envidia, la injusticia y el odio levantan de nuevo el muro de la separación y la enemistad. Un muro que las simples leyes no pueden derribar, aun cuando puedan paliar algunas de las consecuencias adversas. Una convivencia basada en derechos y obligaciones, vemos que no responde al deseo profundo de la paz que existe en el corazón de la persona. La antropología de tipo jurídico no es la respuesta eficaz y definitiva, para que las personas y pueblos encuentren la paz en la libertad y diversidad, en una auténtica comunión fraterna.

La carta a los Efesios proclama: ***Cristo es nuestra paz***. Él, por medio de la cruz, derribó el muro de la enemistad e hizo de los dos pueblos irreconciliables uno solo, un único hombre nuevo en él, la Iglesia. La paz auténtica implica una real recreación de la humanidad. La segunda carta a los corintios enseña cómo Dios estaba reconciliando a la unidad consigo en la sangre de su Hijo.

> De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él. (2Cor 5, 16-21)

Estas afirmaciones, que debemos contemplar y meditar incesantemente, nos introducen en ***la paradoja divina***, que desborda cualquier tipo de moralismo; sin negar por ello la importancia y necesidad de una auténtica moral. La reconciliación de la humanidad pende de la iniciativa de Dios, tal como se ha revelado en la Pascua del Hijo enviado en la carne. En efecto, la paradoja divina revela que el sumo de la injusticia humana, la muerte del inocente, se convierte por el amor divino en la fuente de la paz y la reconciliación.

Es justo y necesario contemplar y cantar, con la vida y la palabra, cómo el muro de la enemistad, el que levantan los hombres, Dios lo destruye mediante la propia injusticia de los hombres. Es la paradoja. Conviene notarlo. Judíos y gentiles, los dos pueblos irreconciliables, deciden injustamente la muerte del Inocente y Justo, Jesús. Pero, como proclama la fe apostólica, lo hacían sin saber qué estaban haciendo. Jesús, en la cruz, ruega al Padre que los perdone, no saben qué hacen. Pablo, una vez convertido, afirma que había perseguido a Cristo por ignorancia. Y escribiendo a la revuelta comunidad de Corinto, enseñaba cómo la sabiduría y fuerza de Dios se había revelado en Jesucristo y este crucificado. Así se reveló la sabiduría y la fuerza del amor inaudito del Padre y del Hijo, en el que nos hace entrar vital y existencialmente el Espíritu de la verdad. En efecto, misión del Espíritu es, como enseñó Jesús, conducirnos a la verdad plena, tal como se ha revelado en la paradoja pascual del amor divino.

> Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, condenados a perecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido, pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. [...] Sino que, como está escrito: Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios. Pues, ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce solo el Espíritu de Dios. (1Cor 2, 6-11)

La contemplación del acontecimiento de la pascua del Hijo, por tanto, postula la escucha del Espíritu del Señor, el único que puede darnos la inteligencia del misterio insondable revelado en la cruz. Ella es la expresión suprema de la máxima injusticia de los hombres y de la máxima justicia de Dios. Así, Dios, al reconciliarnos con él en la sangre de su Hijo, nos reconciliaba a los hombres entre nosotros.

Y aquí radica precisamente la identidad y misión sacramental de la Iglesia en el mundo: hacer posible, realizando la verdad en el amor, la unidad del género humano. La constitución dogmática de la Iglesia nos recuerda cómo ***en Cristo*** estamos llamados a irradiar la luz pascual, para contribuir a la unidad de género humano. Ella sabe, en efecto, que «Cristo es la luz de los pueblos». Su misión es iluminar con la luz de Cristo el corazón de personas, pueblos y culturas, para que la humanidad, derribado el muro del odio y la enemistad, consiga «la plena unidad en Cristo» y comparta el banquete preparado por el Señor para todos los pueblos de la tierra. (cf. Is 25, 6-12)

> Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc* 16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia. Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal, abundando en la doctrina de los concilios precedentes. Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales técnicos y culturales, consigan también la plena unidad en Cristo. (LG 1)

En la encarnación, el Hijo enviado por el Padre, asumió una carne semejante a la nuestra. A través de la Pascua, esto es, de su muerte, resurrección y ascensión, la carne participa ya de la gloria divina. En Pentecostés, el Espíritu es derramado sobre toda carne, como anunciase el profeta, para que participase en el triunfo del que resucitó de entre los muertos, como primicias de todos nosotros.

I.- LA PAZ DE LOS TIEMPOS MESIÁNICOS

> Pero brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar. (Is 11, 1-9)

Paz, justicia y conocimiento de Dios entretejen la misión del Mesías sobre el que se posará «el espíritu del Señor». Así fue anunciado por Isaías de parte de Dios. Tres son, por tanto, las características de los llamados tiempos mesiánicos, cuyo cumplimiento alcanza su plena realización con el don del Espíritu Santo en el día

de Pentecostés. Vamos a detenernos un momento en la la profecía, para mejor admirar y gustar cómo se ha realizado en la Pascua de Jesús, el Mesías.

Para entender la promesa anunciada por el profeta anuncia, tengamos presente, que Dios, al enviarlo en misión, le había alertado de que Israel no lo escucharía, que el pueblo quedaría reducido a un pequeño resto, del que brotaría un nuevo pueblo. El texto mesiánico se inicia con estas palabras: «Pero brotará un renuevo del tronco de Jesé.» La promesa es la expresión de la fidelidad de Dios. La fidelidad divina comienza por la purificación del pecado del profeta y del pueblo. Es Dios quien purifica y recrea por puro amor. Así lo atestigua la palabra profética de todos los tiempos. Y esto es lo que distingue realmente a los profetas verdaderos de los falsos, tanto de los profetas de calamidades, como de los que alagan los oídos de los oyentes. Dios, al llamar y purificar los labios de Isaías, le dijo: «Porque el Señor alejará a los hombres, y crecerá el abandono en el país. Y si aún quedara una décima parte, también sería exterminada. Como una encina o un roble que, al talarlos, solo dejan un tocón. Ese tocón será semilla santa». (6, 12-13) La fuente de la esperanza está en Dios que recreará su pueblo a partir del pequeño resto fiel. A partir de él y con él recreará la verdadera justicia y la paz.

La paz que aportará el «vástago» suscitado por la promesa divina, tiene unas características muy singulares que conviene meditar. No es la paz impuesta por la violencia y el poder de los grandes de este mundo, sino la paz que brota de la justicia divina. Es la paz que transforma las enemistades en una convivencia armónica. Empieza por hacer justicia al pobre. Su fuente se encuentra en el verdadero conocimiento de Dios. «El lobo y el cordero pacerán juntos, el león y el ganado comerán forraje la serpiente se nutrirá de polvo. No harán daño ni estrago por todo mi monte santo —dice el Señor—.» (65, 25) «De ese modo, lo imposible se hace posible, lo impensable, realidad. No la paz y la justicia, sino el mal y la violencia se convierten en utopía: ya no hay lugar para ellos»: «Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar.» (11, 9) Conviene contemplar y meditar asiduamente esta verdad divina. Al Señor se le conoce en su Pascua.

El Mesías no avanzará de acuerdo con los criterios, poderes y apariencias de este mundo, sino de acuerdo con la justicia que brota del amor divino. El Señor procede en todo con justicia y lealtad. Con su palabra, y no con la fuerza y violencia de los grandes de este mundo, hará justicia a los pobres y los sencillos, aniquilando así a los malvados, esto es, a los que los oprimen. Jesús, el Mesías, ungido con Espíritu, vino a evangelizar a los pobres de la tierra, a liberar a los oprimidos, a dar la vista a los ciegos. Estamos, por tanto, en las antípodas de una paz impuesta por la violencia. La paz mesiánica brota del amor de Dios por su bien, que es el hombre. El juicio y palabra del Mesías se comprende a la luz del misterio de la Pascua.

La paz que brota de la Pascua choca frontalmente con los criterios del mundo. El lobo, el leopardo y el león, símbolos de fuerza, poder y violencia, armonizarán su vida con los más débiles. Y lo mismo sucede con el niño, la serpiente y el áspid. Y el profeta concluye con esta afirmación: «Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar.» Esto es lo que el Mesías pobre, guiado por el Espíritu de Dios lleva a cabo en el pueblo si lo acoge con fe. La paz de Dios supone dejarse recrear por la Pascua del Mesías, lo cual implica una verdadera conversión del corazón. Es una falaz utopía, pensar que la paz verdadera y estable puede lograrse al margen del Dios verdadero. Es necesario tenerlo presente en nuestro mundo. La paz verdadera se fragua en los corazones, en el auténtico conocimiento de Dios, lo cual supone acoger y vivir de acuerdo con el acontecimiento pascual, de modo que los fuertes armonicen sus vidas con la de los endebles. Pablo escribía a la comunidad de Roma: «Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los endebles y no buscar la satisfacción propia. Que cada uno de nosotros busque agradar al prójimo en lo bueno y para edificación suya.» (Rom 15, 1-2) He aquí el camino para gozar de la paz mesiánica en nuestras comunidades y familias, así como en nuestros pueblos. ¡No nos dejemos engañar por el lenguaje de políticos, ideólogos y falsos profetas!

Cuando las personas, culturas y pueblos se constituyen en ídolos, conviene decirlo con claridad y sencillez, se están oponiendo, consciente o inconscientemente, ***a la paz mesiánica***. Ahora bien, pueden retardarla, pero en modo alguno impedirán su plena realización en el día fijado por el Padre y de él sólo conocido. La esperanza de la fe no defrauda. El Señor nos sigue diciendo por medio del apóstol Pablo: «Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado». (Rom 5, 1-5) La segunda carta de Pedro exhorta: «Por eso, queridos míos, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, intachables e irreprochables, y considerad que la paciencia de nuestro Señor es nuestra salvación, según os escribió también nuestro querido hermano Pablo conforme a la sabiduría que le fue concedida». (2P 3, 14-15)

Los profetas del Antiguo Testamento hablaban desde la fe en el Dios fiel de la alianza. Los apóstoles del Nuevo Testamento, lo hacen desde el cumplimiento de las promesas divinas realizadas plenamente en la pascua del Mesías de Dios. ¡Gustemos y veamos cómo se ha cumplido las profecías!

II.- LA PAZ DE CRISTO RESUCITADO

Para desarrollar esta parte de la meditación, vuelvo a leer y comentar los textos del evangelista Juan, con los que iniciaba la meditación.

> La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. (Jn 14, 27-29)
>
> Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». (Jn 20, 19-23)

Al término de su peregrinación por nuestra tierra, Jesús dijo a sus discípulos: «La paz os dejo, mi paz os doy; no los la doy como la del mundo». Resucitado de entre los muertos saludó a los suyos repitiendo: «Paz a vosotros». Jesús anuncia previamente lo que luego realiza con una novedad que lejos de envejecer con el tiempo, aparece siempre nueva. Hoy nos sigue comunicando su paz, alegría y conocimiento del Padre, así como nuestro destino glorioso, el suyo. El nos da el Espíritu de la verdad, para que seamos sus testigos en el mundo hasta su plena manifestación en la gloria. El sigue edificando la Iglesia como sacramento universal de salvación, a fin de significar y actualizar en la historia el amor del Padre por la humanidad entera.

Como vengo comentando la paz del Señor y la del mundo difieren en su ser y devenir, es decir, en cómo se nos y debemos recibirla. Conviene detenerse un momento en este punto de la contemplación.

Puesto que la paz dada por Jesús tiene su origen en el que lo ha enviado, y nos llega a través de su Pascua, ella se ofrece a todo el que quiere recibirla en la fe. El Señor no impone la paz, sino que la ofrece como camino de vida y libertad. Una paz impuesta degenera, como enseña la historia, en privación de libertad. Dios quiere hijos y no esclavos. Pero, por otra parte, la paz de Cristo comporta un verdadero combate espiritual. La realización de la verdad en el amor no puede compaginarse con la mentira de la codicia y de los diferentes ídolos de hechura humana. Por ello Jesús afirma:

> No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz: no he venido a sembrar paz, sino espada. (Mt 10, 34)
> He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división. (Lc 12, 49-51)

Cuando Jesús envió a los setenta y dos en misión, entre otros consejos, les dio el siguiente, para que supieran cómo debían comportarse ante quienes los acogieran o, por le contrario, los rechazasen:

> Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en casa. Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: "El reino de Dios ha llegado a vosotros". Pero si entráis en una ciudad y no os reciben, saliendo a sus plazas, decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. ***De todos modos, sabed que el reino de Dios ha llegado***". (Lc 10, 5-11) No dice llegará, sino ha llegado.

Puesto que la paz de Dios, la propia de su reinado, es tan diferente a la de los reinos de este mundo, los enviados en misión no deben imponerla a todo precio, sino que deben aceptar el rechazo; pero, a pesar de todo, deben proclamar la llegada del reino de Dios. Con esto se nos está diciendo que la paz aportada por Jesús no se identifica con la tranquilidad tan deseada por algunos. En la perspectiva bíblica es propio del rey el conducir al pueblo a la libertad y la paz; pero la paz del rey del cielo y tierra no se identifica con el bienestar y la tranquilidad a la que aspiran hombres y mujeres de todas latitudes y culturas. ¡No nos dejemos seducir por el tentador!

Dios nos reconcilia con él y nos da su paz en la sangre de su Hijo (cf. 2Cor 5, 18ss). La senda, debemos reconocerlo, es estrecha y empinada. En la existencia terrena de Jesús aparece también la turbación, la angustia y una tristeza hasta la muerte. Un camino que debemos estar dispuesto a recorrer en el Espíritu de la verdad. Todos queremos la paz, pero no siempre estamos dispuestos a recibirla y darla, siguiendo las huellas del Hijo. El creyente no puede eludir las noches oscuras, en su caminar como discípulo y testigo de Jesucristo. La paz de Cristo no es un tranquilizante, sino fuerza, para seguir proclamando la llegada del reino de Dios, aun cuando seamos rechazados por el mundo. Para alumbrar vida nueva es necesario compartir los gemidos del Espíritu.

Los apóstoles recibieron la paz y, en el Espíritu, salieron a las plazas públicas para anunciar el cumplimiento de las promesas de Dios en la pascua del Hijo. Y así, bien puede decirse que la paz de Cristo les llevó a poner en riesgo su existencia. Más todavía, con su palabra provocaron nuevos conflictos en el Israel según la carne. Hay muchas corrientes seudo-espirituales que ofrecen una paz que no es necesariamente la de Cristo. Sueñan con la tranquilidad y prestigio de la Iglesia en tiempos de cristiandad. Ofrecen una paz de acuerdo con los gustos del momento y una antropología que no tiene bastante cuenta la historia y la persona en relación.

Cuando san Pablo habla del reinado de Dios, tal como se ha manifestado en la pascua del Hijo, lo hace en estos términos: «El reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres». (Rom 14, 17-18) El reinado de Dios se ha realizado y consumado en la cruz, destruyendo el odio y el egoísmo con la fuerza del amor gratuito. Un amor que no elimina a nadie, que armoniza la vida del fuerte y el débil. En la cruz, el Señor hace posible que el lobo y el cordero convivan juntos. Dicho con otras palabras, ha vencido no aplastando a unos, para ensalzar a los otros, sino ofreciendo a todos la verdadera libertad del amor, esto es, para que nos hagamos por amor esclavos unos de otros, pues nuestra vocación común es la libertad. En efecto, la carta de Pablo a la comunidad de los gálatas, que andaba agitada por algunos hermanos procedentes de la circuncisión, lo afirma en estos términos: Cristo nos ha liberado para la libertad. La fe actúa por amor. Nuestra vocación es la

libertad, pero una libertad que nos llevar a ser siervos unos de otros por amor. Y concluye: «Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu». (Gal 5, 1-25)

«Cristo es nuestra paz y nuestra esperanza». Una paz que nada que ver con la paz del cementerio, ni con la paz impuesta por fuertes; y una esperanza que nos lleva a ponernos al servicio de la justicia según Dios y no de la que propugnan los grandes de este mundo. Acoger y vivir la paz de Cristo reclama del discípulo y testigo compartir el camino de la obediencia del Hijo al Padre y su amor a todo hombre, a fin de derribar el muro de la enemistad, que el egoísmo personal y colectivo, así como el odio, tienden a levantar y perpetuar en el mundo. Jesús muere para destruir el poder del pecado en nuestra carne. Y esto implica el combate del amor frente al odio, la envidia o la indiferencia, de quien vive replegado sobre sí mismo.

III.- BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

San Mateo presenta la misión de Jesús en Galilea en estos términos: «Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo». (4, 21) Y a continuación hace una síntesis de su predicación en estos términos:

> «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ***Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios***. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros. (5, 3-12)

Es claro que las bienaventuranzas se implican mutuamente y afectan a todos los que quieren ser discípulos del Señor, ciudadanos del reino de Dios. El que codicie la riqueza y el prestigio, difícilmente será constructor de justicia y paz. No es el momento de desarrollar este punto, pero debemos tenerlo en cuenta. Ahora me limito a resaltar cómo estamos llamados a cultivar la paz y la justicia.

> Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt 5, 9-10)

Después de lo que vimos en las dos primeras partes de la meditación, es evidente que el Señor quiere que sus discípulos, a los que formó de manera especial, vivan de acuerdo con la justicia y la paz que ha instaurado en el mundo mediante su Pascua. Y esto porque es un verdadero camino de plenitud y felicidad, tanto para los discípulos como para la humanidad entera. El que quiera adentrarse por el camino de la paz y la alegría pascual, debe prepararse para la prueba y el combate de la fe.

Construir la paz es lo propio de los hijos de Dios, esto es, de todos los que son conducidos por el Espíritu de Cristo y en él claman: «¡Abba, Padre!». Quien siembra división o no trabaja por la comunión en la diversidad, deja de vivir en la lógica y dinámica propia del Hijo, que vino para derribar el muro de la enemistad. Su paz no la imponen los fuertes sobre los débiles, como sucede en las guerras bélicas, comerciales, culturales, ideológicas… etc. Y lo mismo sucede en la comunidad cristiana.

El siembra discordia y no trabaja por la paz del Señor, no es digno de ser llamado hijo de Dios. El Señor nos da la paz y nos muestra el camino para cultivarla con alegría; un camino que exige una real conversión de los corazones. Conviene insistir: la paz del Señor es dada, no impuesta. Es necesario recibirla y cultivarla en el

mundo. De otra forma, existe el riesgo de ser impuesta por los fuertes. Esto es importante para la misión de la Iglesia. No es lo mismo la paz, don de Dios, y los tratados y negociaciones de paz a los diferentes niveles. En las conversaciones de paz pueden hacerse ciertas concesiones, pero no se produce necesariamente la verdadera conversión del corazón. Y esto puede suceder también en nuestras mismas comunidades cristianas. Recordemos lo que san Pablo escribía a la comunidad de los filipenses, invitándola a vivir de acuerdo con los sentimientos de Cristo Jesús en su camino pascual:

> Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús». (Flp 2, 1-5)

La paz, que Cristo nos da y estamos llamados a cultivar en nuestra condición de hijos de Dios, con el fin de dilatar su reinado en el mundo, es inseparable del cultivo de la justicia divina. Hacia el final «del sermón del monte», Jesús denuncia la oración pagana de los que andan angustiados por el futuro, para exhortar a sus seguidores con estas palabras:

> No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia. (Mt 6, 31-34)

Como pagano, y no como hijo, vive el que anda agobiado por el mañana, en lugar de buscar en todo el reinado de Dios y su justicia. El Mesías instaura la paz haciendo justicia a los pobres y débiles, tanto si son personas concretas como si son grupos, pueblos y razas, como también sucede. La fe de Israel se expresaba así en los salmos:

> Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes, para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. ***Que los montes traigan paz, y los collados justicia; defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador*** […] Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres; él rescatará sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa a sus ojos. (Sal 72 (71) 1-4.12-14)

El Mesías pobre y de los pobres traza el camino a seguir por los verdaderos hijos de Dios. Así nos lo muestra toda la existencia de Jesús y así lo vivieron los apóstoles después de Pentecostés. Esto no quiere decir que no debamos ser «sagaces como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10, 16); pero aceptando que somos enviados en misión como ovejas en medio de lobos. Quien busca por encima de todo la justicia de Dios, debe saber que le espera lo que Jesús dijo a los suyos en su testamento antes de pasar de este mundo al Padre: «Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros». (Jn 15, 18)

El reino de Dios es de los perseguidos por la justicia, como lo es de los pobres en el espíritu. Y porque se han hecho acreedores del reino son bienaventurados. Trabajando para cultivar la paz aportada por Cristo, revelan su condición de hijos de Dios, como hijos en el Hijo, que mediante su Pascua y el don del Espíritu Santo nos sigue dando la paz de los tiempos mesiánicos.

IV.- CONSECUENCIAS PARA NUESTRAS VIDAS

En esta última parte de nuestra contemplación y meditación, me parece oportuno sugerir algunas consecuencias para nuestro vivir cotidiano como IISS. No obstante, el Espíritu, que es el verdadero maestro

interior, nos indicará, si lo escuchamos, en qué debemos convertirnos, personal y comunitariamente, para cultivar el don de la paz pascual, esto es, la que brota de la cruz gloriosa del Señor.

1.- La paz en nuestros equipos y comunidades

En el seno de nuestros equipos y comunidades es muy importante interrogarnos cómo cultivamos la paz que el Señor nos regala, a fin de vivir y actuar como hijos e hijas de Dios. Esto supone una gran conversión del corazón, pues se trata de «realizar la verdad en el amor». La paz del Señor, como vemos, dista mucho de una tranquila convivencia o de la imposición de los fuertes sobre los débiles. No siempre es fácil, de acuerdo, y reclama una fina sensibilidad, para no imponerse y acoger al otro tanto con sus dones como con sus límites y debilidades. De ahí brota la necesidad de recordarnos que el Resucitado se hace presente en medio de nosotros y nos sigue diciendo: «Paz a vosotros», en cumplimiento de su promesa: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde».

En este sentido, aunque no aparezca de forma explicita el tema de la paz, quiero recordar un texto muy significativo de la primera carta de Pedro:

> Ya que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad hasta amaros unos a otros como hermanos, amaos de corazón unos a otros con una entrega total, pues habéis sido regenerados, pero no a partir de una semilla corruptible sino de algo incorruptible, mediante la palabra de Dios viva y permanente, porque Toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba: se agosta la hierba y la flor se cae, pero la palabra del Señor permanece para siempre. Pues esa es la palabra del Evangelio que se os anunció. (1P 1, 22-25)

Hemos sido regenerados por la palabra de la verdad, para que la paz de Dios reine en nosotros y en nuestras comunidades. Es el camino, para que como hijos e hijas de Dios, seamos artesanos de la paz que Cristo ha venido a traer al mundo, derribando el muro de la enemistad. Lo seremos en la medida en que nuestras personas y comunidades irradien el amor del corazón, que más allá de lo afectivo y emotivo, sea una verdadera entrega personal. ¡Los últimos son los primeros en el reino de Dios! ¿Lo creemos y vivimos?

2.- La propuesta de la paz mesiánica en nuestros ambientes

La Iglesia es consciente que debe respetar y promover la legítima autonomía de la realidades temporales; pero también sabe que su misión es contribuir a que todas las cosas del cielo y de la tierra sean recapituladas en Cristo Jesús, de acuerdo con el designio de Dios Padre. En esta perspectiva el cristiano está llamado a suscitar un verdadero encuentro y diálogo entre personas, grupos sociales, pueblos y culturas en la vida cotidiana. Y ahí los IISS debemos interrogarnos cómo propiciamos «la cultura del encuentro».

Es una evidencia que nuestra sociedad vive una real crispación. Los fantasmas de los bandos, partidos, sectas, rencores y descalificaciones, del muro de la enemistad, en una palabra, es demasiado evidente, para que pueda ser negado. Es necesario recordarlo. Se puede, incluso se debe, ser crítico con los hechos que no se adecuan con la justicia y la verdad, pero respetando la dignidad e integridad de las personas. Y en este punto debemos interrogarnos cómo trabajamos en lo concreto de la vida para ser «artesanos de paz», de modo que se propicie un verdadero diálogo en la verdad, sin descalificaciones ni odios.

Este trabajo no saldrá en los medios de comunicación y, sin embargo, es decisivo para ir formando personas y comunidades con criterio, capaces de contribuir a hacer justicia a los pobres y edificar una sociedad sobre la mansedumbre y la humildad, frente a la competitividad y agresividad que fomentan, de forma consciente o inconsciente, los grades a los ojos del mundo. La lucha por ser los primeros, los mejores y los más fuertes, ya sea como personas, grupos, partidos, pueblos, naciones… etc. hará que los sociedad se vaya realizando de acuerdo con los lobos, los leopardos, los leones y el áspid. Todo lo contrario a la propuesta del Mesías y, por

tanto, al verdadero conocimiento de Dios, así como del hombre, creado a su imagen y semejanza. Dios es un Dios de comunión y amor. Por tanto, el hombre se realiza en la comunión del amor, tal como se expresa en la paz y la reconciliación de la Pascua del Hijo enviado en la carne. ¿Cómo trabajamos para que la globalización y las relaciones entre unos y otros, dentro y fuera de la Iglesia, se piensen desde los pobres, débiles y excluidos?

3.- Contribuir al verdadero conocimiento de Dios

La paz mesiánica, como sabemos por el profeta y por la misión del Hijo, encuentra su fundamento y meta en el verdadero conocimiento de Dios. De ahí la importancia de llevar adelante una verdadera evangelización en el mundo, mediante el testimonio de la vida y la palabra. Los ídolos y dioses creados por el hombre dividen y provocan enemistad. El proselitismo y la propaganda religiosa, consciente o inconscientemente, suscitan, en no pocas ocasiones, una rivalidad malsana. La cruz de Jesús reconcilia a judíos y griegos, es decir, a los pueblos irreconciliables, haciendo de ellos un hombre nuevo en él. Derribar el muro de la enemistad que construimos con el egoísmo, la envidia y el resentimiento, por no decir con el odio, exige de todos nosotros una verdadera conversión del corazón.

La evangelización proclama el amor inaudito de Dios por el mundo, por la totalidad de la humanidad. El crucificado muere por los unos y los otros. Esta es la verdad que funda el verdadero diálogo de la salvación. Este es, a mi entender, un punto crucial, si no queremos quedar entrampados en discutir sobre lo accidental. En esta perspectiva, me gusta releer un texto de Pablo aconsejando a su destacado colaborador, Timoteo cómo debía situarse ante las dificultades del momento.

> Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David, según mi evangelio, por el que padezco hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación y la gloria eterna en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito: Pues si morimos con él, también viviremos con él; si perseveramos, también reinaremos con él; si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo. Esto es lo que has de recordar, advirtiéndoles seriamente delante de Dios que no discutan sobre palabras; no sirve para nada y es funesto para los oyentes. Procura con toda diligencia presentarte ante Dios como digno de aprobación, como un obrero que no tiene de qué avergonzarse, que imparte con rectitud la palabra de la verdad. Evita las charlatanerías profanas, pues conducen a una impiedad cada vez mayor, y su palabra se propagará con efectos tan corrosivos como la gangrena. (2Tim 2, 8-17)

Estas recomendaciones de Pablo siguen teniendo gran vigencia, pues nuestras discusiones, con frecuencia, giran en torno a cuestiones accidentales, aun cuando acaparen nuestra afectividad y emotividad. Lo importante es la fidelidad de Dios y que nosotros nos vivamos como «obreros», que comunican «con rectitud la palabra de la verdad». Hoy nos cuesta evitar «las charlatanerías» inútiles, por no decir, profanas. La paz verdadera, la propia del reinado de Dios, se construye sobre la fidelidad de Dios, tal como se ha revelado en la pascua del Señor y no sobre unos simples valores establecidos o interpretados por la razón de los hombres. Es preciso tenerlo en cuenta, para evangelizar nuestro mundo y nuestras comunidades.